

Para un balance de las jornadas sobre mediación Medialab-Prado, 2012

Sobre el planteamiento:

La propuesta era pensar un problema/práctica común entre gente muy diferente. Lo que se llamó en algún momento “una idea ampliada de la mediación”. Pensar juntos algo que pudiese hablar a cada cual en su lugar (un centro social o cultural, un interés teórico, etc.). Pero no un problema/práctica perfectamente acotado y delimitado del que ya tengamos un saber que transmitir, sino un terreno por explorar. Confiando en las resonancias más que en la identidad o semejanza de nuestras experiencias.

¿Cómo valoramos esto? ¿Hemos hablado de lo mismo o sólo creíamos estar haciéndolo? ¿Este planteamiento tan abierto e indefinido nos ha ayudado a encontrarnos o nos ha perdido?

La palabra “mediación”, ¿nos sirve o nos confunde? ¿Es un territorio común o está demasiado cargada de presupuestos? ¿Con ella podemos nombrar prácticas tan distintas como la mediación cultural o la mediación en conflictos? ¿Hay otra palabra que podría sernos más útil? ¿O quizá debemos usar varias palabras, cada una para una práctica específica? En las sesiones hay quien usaba espontáneamente la palabra (Tabacalera, por ejemplo) y quien usaba otras (dinalización o facilitación) que sin embargo parecían referirse a la misma “operación” que tratamos de pensar.

Escogimos un horario de mañana, aún sabiendo que a mucha gente le imposibilitaría asistir, con la idea de que ayudaría a propiciar un ambiente más de trabajo y de conversación que de conferencia/preguntas. ¿Ha sido así, merece la pena? ¿Qué nos ha permitido hacer el horario de mañana que no hubiéramos podido hacer por la tarde en un horario más accesible para muchos?

A los mediadores culturales en concreto, ¿este planteamiento tan general (donde caben experiencias tan distintas) les ha servido para pensar su trabajo?

¿Qué otros enfoques, experiencias y temas nos faltan por tratar (espacio y mediación, tecnología y mediación, etc.)?

¿Cómo podríamos comunicar y compartir lo que hemos ido pensando a lo largo de los días?

Algunas “definiciones” sobre mediación que han ido aparecido:

El mediador no aplica una norma previa, la extrae de la propia conversación que establece.

El mediador no escucha en consonancia con una ley.

El mediador fortalece la comunicación y la escucha mutua.

La mediación es lo que nos ayuda a prescindir del juez.

La mediación son prácticas de acogida, ayuda, apertura, cuidado, reconocimiento y construcción.

La mediación hace a alguien parte, digno del espacio.

La mediación facilita el encuentro, es una metodología del encuentro.

La hospitalidad del mediador necesita una infraestructura: tener algo que ofrecer.

Un mediador es lo contrario de un representante.

La mediación es una metodología del bien común.

El mediador hace vínculo con quien no debe (el otro, el extranjero) poniéndose en cuestión a sí mismo y a la comunidad a la que pertenece.

El mediador es el contrabandista por excelencia.

El mediador debe acostumbrarse a perder (el control sobre los contactos que ayuda a tejer).

La mediación no es un lugar común, sino la manera de hacer común un espacio.

El mediador es el “entre”.

Si el mediador presupone, no encontrará al otro.

La mediación es una conversación.

La mediación es la práctica de detectar, traducir y conectar distintos mundos.

La mediación no es una actividad mecánica de conexión, sino una experiencia de implicación donde el mediador (y la institución mediadora) se expone, se deja tocar y alterar, se atreve a ir más allá de sí mismo.

El mediador acompaña, propone y abre una situación, hace ver el valor de lo que pasa.

El mediador teje una relación.

La mediación es el conjunto de tareas que sostienen lo común.

(Dinamizar) pasa por acoger, recibir, escuchar, registrar, detectar problemas, interpretar y ayudar a elaborarlos.

El mediador cuida un espacio para que siga siendo siempre de todos y de nadie.

La mediación es una disciplina de la atención: poner atención a todo lo que hace que una experiencia se de, consiste y crezca.

Algunos nombres y conceptos:

“Hombres buenos”: así se llamaba en algunos pueblos a las personas encargadas de ayudar a que dos partes enfrentadas encontrasen dialogando una solución (según nos contaron, una de las tareas del “grupo de facilitación”).

“Los Justos”: el gesto de hospitalidad que acoge al otro desconocido y extranjero a riesgo de uno mismo y de la autoconservación de la propia comunidad.

“Cuidadanía”: ciudadanía a cargo de lo común.

“Mediación difusa”: dicese de la mediación cotidiana, informal, anónima y colectiva en la que todos participamos.

“Mediación precaria”: mediación en circunstancias adversas, asimétricas o jerárquicas (en las cárceles, por ejemplo). “Siempre es posible una mediación”.

“Mediación espontánea”: actitud genérica y universal de mediación que todos poseemos y desplegamos. También: “el mediador que llevas dentro”.

“Mediación en cinco minutos”: la que opera sobre una base de conocimiento mutuo profundo.

“Siar al otro”: buscar lo admirable en el otro (que no está en ti ni es una simple proyección de tus valores), enriquecerse con la alteridad y partir de ahí.

“Transformar el conflicto”: mejor que “resolver o solucionar” el conflicto. Generar entendimiento, otras relaciones y engarces entre los adversarios.

“Mediación tecnificada”: convertida en fórmula, solución, receta.

Problemas abiertos:

La tensión entre mediación formal (un trabajo, una labor especializada) y la mediación difusa o informal (cotidiana, que se hace cargo de imprevistos).

La tensión entre el mediador como persona (o conjunto de personas) y la mediación como práctica y operación (no un nombre, sino una función).

Hay mediación que gestiona la homogeneidad (abriendo, invitando, acogiendo...) y mediación que gestiona la heterogeneidad (más preocupada por tejer, conectar, componer...). Cada una establece un afuera/dentro distinto (y una relación distinta con el dentro/fuera).

La exclusión del propio mediador del contexto en el que incluye (véase “mediación precaria”).

El problema de la delegación: que otro -un tercero- haga lo que yo no estoy dispuesto a hacer. Remite a la tensión entre mediación formal e informal. El mediador se hace entonces protagonista imprescindible. No hay relevo para esta figura. Ni él sabe cómo transmitir y socializar sus saberes, ni la comunidad sabe como relevarle (ejemplos que han aparecido: Santi Eraso en Arteleku o la Comisión de Respeto en Acampadasol).

Mediación y poder. El mediador que acumula poder con los contactos que ayuda a tejer o con los saberes que coordina. Se hace una distinción entre “poder para” (potencia) y “poder sobre” (dominación).

La mediación invisibilizada. Los gestos de cuidado que “hacen mundo” son

invisibles. No hacen ruido, pasan desapercibidos, no se ve (“la cena está hecha”): no es casual que el trabajo de mediación esté muy feminizado. Una respuesta: politizar la mediación, es decir, hacerla visible, darle valor y reconocimiento, revelar su importancia para el sostén del conjunto.

La tensión entre método (o prototipo, el destilado de lo que funciona en cada experiencia) y singularidad. ¿Es posible una metodología del encuentro? Si se repite, ¿no se pierde la singularidad del enlace? (“tipificación” o “institucionalización del gesto” se dice). Es el problema del traspaso, la memoria, la transmisión, porque “inventar todo desde el inicio una y otra vez es agotador y caótico”. Se distingue entre formalización y metodología: la primera es una receta que aplicar y repetir, la otra permite y exige la reinención constante en cada situación.

La mediación, entre lo personal y lo impersonal. La mediación no es una actividad mecánica, sino subjetiva y personal. Pero si se “personaliza” mal se puede corromper. El mediador se convierte en una figura de poder: quien tiene las llaves. ¿Cómo despersonalizar (para que rote) una actividad que requiere tanto lo personal (la implicación subjetiva en el encuentro)? ¿Cómo colectivizarla para evitar las figuras de poder?

La mediación autocomplaciente: convertida en fórmula, en método que asegura un resultado, en retórica. Ya no en un desafío.

La mediación “colaboracionista” que hace participar en canales de participación muy controlados y jerárquicos, neutralizando la crítica implícita de la abstención y la no-participación. Una respuesta: no perder nunca de vista la pregunta por el para qué (para qué participar), por el sentido y el valor de lo que hacemos.

La auto-imagen negativa del mediador, como un trabajo pasivo, silencioso, al servicio de otros, sacrificial, gestor y aburrido. La tensión entre el interés propio y el interés de todos. “El mediador no se niega la palabra, sino que a través de él es posible hablar y que pasen cosas”. ¿Por qué se repite sin embargo esta auto-imagen negativa, como un canal neutro, indiferente a los contenidos que otros aportarán?

La mediación “blanda”: la idea de la mediación como cuidado blando, cuando la situación puede requiere un zarandeo y la deconstrucción de los papeles que asfixian que algo pase.

¿Cuánto “cierres” necesita lo abierto? El problema de los criterios, los límites y las apuestas de un espacio. ¿Apertura es indefinición? ¿Todo criterio o límite es un cierre? ¿Qué condiciones de posibilidad tiene la apertura? ¿No necesita lo abierto normas, incluso formas de castigo para los que se aprovechan de lo común o lo destruyen?

¿Por qué es necesaria la mediación? ¿Por qué necesitamos tanta mediación?